

CONVOCATORIA ESCRITOS DE CUARENTENA

Publicación de textos recibidos
#CulturaenCasa



María Elena Walsh
por Stern Grete
1947



Gobierno de
Tierra del Fuego
Antártida e Islas
del Atlántico Sur

Secretaría de
Cultura

El lunes 16 de marzo de 2020 se decretó en Tierra Del Fuego la cuarentena obligatoria para toda la Provincia, con motivo de evitar el contagio y expansión del virus COVID-19. Esta pandemia mundial, que nos obliga a quedarnos en nuestras casas, ha tenido diversos efectos a lo largo del planeta, en las distintas sociedades, en cada familia, hogar y persona.

A través de este archivo, recopilamos algunas de las voces, pensamientos, sentimientos y ficciones que ha generado este tiempo de resguardo y distanciamiento social, como una pequeña memoria de la Isla atravesada por un momento excepcional.

#CulturaEnCasa



ESCRITOS DE CUARENTENA

MÁS TARDE HACE FRÍO

Por Belu Antuan

El tiempo corre sin parar nostálgico de lo que no pudo ser.

Queremos sacar al perro pero es tarde cuando llueve.

Queremos salir a correr pero es tarde cuando el sol desaparece.

Queremos leer un libro pero es tarde cuando duermes.

Queremos amar pero es tarde cuando extrañamos.

Queremos valorar la presencia pero es tarde cuando aparece la ausencia.

Más tarde el café se enfrió y tu voz cayó.

Deja de darle tiempo al tiempo, porque el hoy siempre será mañana.

Porque estos días se aprende a valorar más. Y así mañana, frío ya no hará.



SIN TÍTULO

Por Valeria Bombechio

Introducción.

Luego de un día agotador y quinto día del comienzo de clases, se anuncia que el país entra en período de cuarentena. Una pandemia se ha puesto de manifiesto ante el mundo con su peor cara. Mucho no entendemos de este tema, principalmente sabemos que hay que quedarse en casa para el NO contagio. Nuestra familia empieza a experimentar una convivencia que al principio fue como "de fin de semana", al correr los días, los horarios se expandieron; la noche se nos hizo mediodía y la siesta se hizo noche.

Pero sin dudar de su valentía, esta familia numerosa le hace frente al COVID-19

Cuarentena familiar.

Una familia compuesta de cinco personas, dos adultos, una adolescente, una niña y un niño de la misma edad cursando el nivel primario. Entre los tres se llevan muy mal y se llevan muy bien. Más allá de pelearnos por algunas cositas que son propias de la convivencia, hemos llegado a varios acuerdos para que cada uno tenga su espacio dentro la casa, no muy grande, pero sin con patio.

La cuarentena nos trajo buenas ondas, así que, aprovechamos todos los beneficios de la soledad individual y familiar para pasarlo de la mejor manera.

Las normas de convivencia.

Como primera instancia, mi esposo y yo hicimos una rutina matrimonial pactada, a su vez, de manera individual para que no se interponga en la rutina de cada uno. Una especie de lista que pegamos con imanes en la heladera. Como vimos que funcionó entre nosotros, lo planteamos a los chicos, con carteles, hablando, escuchando propuestas, dando ideas, pero, no hubo acuerdo. Todo quedó en la nada y temí tener en los próximos días un ataque de mala madre.

Al pasar los días, nosotros como adultos, nos dimos cuenta que ellos no modificaron nada de su vida, excepto las clases, y nosotros como dos adolescentes, discutiendo sobre cuál era la silla que le correspondía a cada uno. A final de la pelea los chicos, muertos de risa mirando a los padres pelearse por un lugar en la mesa.

Mi esposo es solitario, yo soy solitaria y las eclosiones diarias por el espacio retumban en las paredes. Sin embargo, los chicos estaban de maravillas, no se orientaban con los horarios de la escuela y las tareas, pero eso era lo de menos.

La cuarentena y yo.

A medida que pasan los días, me encuentro más acorde a mi estado natural de estar sola en mi computadora, no solo me gusta leer, también me gusta escribir.

No tengo "Habitación propia" (Virginia Wolf), pero tengo la mesa del comedor, mas precisamente, la punta de la mesa, ahí tengo más concentración. En período de Pandemia, un poco se me han volado las ideas, pero han venido otras.

La ventaja del aislamiento me genera satisfacción. Los chicos duermen hasta tarde y yo tengo tiempo de tomar mate y leer algún libro que me haya comprado por internet debido a la situación mundial. En mi trabajo se me permitió estar en casa por tener hijos en edad escolar. ¡Cómo no aprovechar semejante oferta!



ESCRITOS DE CUARENTENA

Sabemos como familia, y cada uno a su modo de entender, que no estamos de vacaciones, pero de a poco los horarios se fueron extendiendo. Sin embargo, dispusimos un horario general para ir a dormir.

En este tiempo de reflexión, voy a confesar que me llevo mejor con mi familia, sabiendo que la primera semana fue un caos total, estamos en permitirnos ser mas prudentes en algunos temas de exageración con la convivencia. En al algún punto, encontramos el común denominador: nos reímos de nuestras malas habilidades para la cocina, la limpieza y el orden.

El amor.

Si hay algo en lo que disfruté mas de este tiempo fue, el amor. El amor no solo de la pareja, con aciertos y desaciertos, sino el de mis hijos, sin descontar la incondicional mascota de la casa, un perro caniche color negro que de tan feo es hermoso.

Pude sentir en este periodo de encierro, el calor implícito de mi familia. Trabajando nunca me di cuenta de la que pasaba detrás de las situaciones personales de cada miembro de la familia. Lo que a posterior me invita a pensar en mí, en el lugar de madre, de esposa. De pronto me encuentro anotando en una hoja todos mis enojos (lo hacía en terapia), al leerlos me di cuenta que mi entorno me reclamaba tranquilidad, y sin remediar me di cuenta que si yo reaccionaba mal en alguna situación diaria, ellos me respondían del mismo modo. Así que, me tomé una noche sin leer y sin escribir, para replantear mis actitudes que creía eran las correctas.

Aquí y ahora.

Pasada un mes y largo de cuarentena, he llegado a la conclusión de lo saludable que es como familia estar "encerrados". Si bien salimos al patio a jugar básquet o beisbol o a la pelota, estamos en modo confinamiento por un tiempo más.

Me alegra saber que estamos superando esta manera nueva de vivir. Las pandemias no te avisan y se meten por cualquier filtro invisible. Sin embargo, vamos por el camino correcto, a resguardo de monstruos estoy con mi familia en casa. Indudablemente, en casa estamos mejor.

La familia de esta familia.

Como toda familia, tenemos la familia primaria o la que sabemos de donde venimos. Nuestros padres no viven con nosotros y estamos en contacto por videollamada o videos. (Una buena manera de explicarle a los chicos que es aislamiento social, no individual). De esta forma estamos conectados, nos contamos todos los desastres que hacemos en la cocina y las ocurrencias que aparecen a la hora de limpiar la casa, siempre lo más gracioso es limpiar el baño.

De este modo nos sentimos protegidos a la distancia, que no importa si es media cuadra o quinientos kilómetros, lo importante es no sentirnos solos en esto que nos sorprendió a todos de igual manera.

Este momento.

Agradezco a Dios estar con vida para contar la historia de mi familia con vida.



GRITEMOS

Por Couto, Ana

No es una hoja en blanco, bueno quizás sí lo sea, lo es. Pero esta hoja es diferente, es virtual. Por allá, pero no tan lejos sino que al lado suyo se encuentran seis ojos mirándola. La miran como si ella debiera decirles algo, plasmar algo en ellos. Quizás realmente nunca pueda hacerlo, quizás sea como el temor que le tiene el arcoíris a la tormenta, o el miedo que le tiene el desamor a la caricia de un desconocido, o de un alguien no tan conocido como el amor pasado.

No podía, quizás no quería, no podía escribir esos cuadernos. La blancura, una capa fina, suave y apapachable de hojas intactas que la miraban atentamente... blancas. Miran a un escritor, que fuera de estar bajo el efecto de la ceguera escrituraria y temporal, no podía escribirlos... la perfección producía algo extraño, la perfección da temor a veces. Todo esto ya no era perfecto, nunca lo fue.

Son hojas, sí, son hojas de papel dentro de un cuaderno. Un cuaderno que proviene de una fábrica, un lugar en el que elaboran miles de cuadernos idénticos a los tres que se posan sobre esa mesa. Conjuntos de hojas sin sentido hasta que alguien las escribe, pero ella no sabía... no sabe que escribirlas les va a dar vida. Realmente no lo sabe porque ahora, justo ahora, escribe todo esto pulsando teclas que se traducen en miles de megapíxeles. Puntitos todos juntos capaces de crear las letras más hermosas o extrañas del universo, tantos puntitos como estrellas hay en la galaxia, o como células conforman los cuerpos.

Pero un día, un día va a agarrar uno de esos cuadernos. Esa sensación, saben los escritores, será como caminar descalzo sobre el pasto en un día de sol radiante, esos días en los que el sol calienta los pies e ilumina tantas miradas como cabellos. Escribir será como caminar sobre la tierra húmeda otra vez, como patinar sobre el papel deslizándose la tinta con los pies desnudos, será como bailar en el agua y sentir cómo los peces rozan las piernas dejando colores llenos de vida. Quizás escribir le haga sentir todo eso, o quizás muchas otras cosas. Quizás escribir le este haciendo sentir cosas justo en este momento en el que el alma se asfixia de tanta sordera social. Sociedad que se tapa los oídos ante una naturaleza que grita, que aúlla.



ESCRITOS DE CUARENTENA

PANDEMIA MENTAL

Por Sebastián Hartel

Yo ya estaba encerrado
En mis vicios
En mi zona de confort
En mantenerme ocupado
Viendo historias de instagram

Yo ya estaba encerrado
En mis miedos
Paralizado, sin pensar
Cerquita del televisor
Sin cambiar de canal

Yo ya estaba encerrado
En mi casa, en el trabajo, en el bar
Fingiendo que todo está bien
Cerrando los ojos para no mirar



SIN TÍTULO

Por Verónica Juárez

"En un bosque de la China ..." Hace unos cuantos años cantaba esa canción, y al decirle a mi padre de que alguna vez iría en mi destartada bicicleta, se rió. Me contó que en realidad estaba al otro lado del mundo, más lejos que la casa de mi abuelo Antonio, muchísimo más.

Cuándo supe del coronavirus creí que nunca llegaría. Escuchaba a mi hija decir a cada rato lo que sucedía en China. Pero, el trabajo, los quehaceres, la muerte de Fernando Báez, las tarjetas de crédito y tantas otras cuestiones personalísimas, me parecía todo tan lejano e irreal.

Un día me desperté, descubrí que en un abrir y cerrar de ojos, un monstruo invisible a los ojos era más poderoso que los adelantos científicos, que los seres más "sabios" del planeta. Y fue como estar en otro planeta...

Me acordé de una conversación con un guardaparque que me dijo que a los conejos y los castores, los teníamos que exterminar porque eran depredadores, destruían el medio ambiente.

Le respondí: ¿Y a los mayores depredadores, al homo sapien sapien, por qué no nos exterminan? Destruimos bosques, lagos, océanos, envenenamos el ambiente con nuestra polución y no lo hacemos por necesidad sino, por ambición.

Llegó el momento de quedarnos en casa. Como el último día de nuestra vida, nos dedicamos a comer, no sé porque la comida suple otras cosas. Limpiamos, acomodamos, sacamos cosas que no nos eran ya útiles, cortamos el pasto y empezamos a ver el otoño por la ventana. Los minutos eran eternos, los noticieros se contradecían (barbijo sí/ barbijo no), nos llenamos de información contradictoria. Nos aburríamos y abandonamos proyectos, necesitábamos nuestra cotidianidad.

En un momento las mascotas se enojaban entre ellas supongo que, estarían hartos de tantos humanos.

Lo que más me apena es no saber muy bien cómo convivir con esta situación, soy quien salgo y tengo terror a contagiar a mi familia. La ansiedad hizo que tenga síntomas, me hicieron el test y gracias a Dios dió negativo.

Me duele la distancia entre la gente, no saber quién está detrás del barbijo, ver automóviles que circulan sin razón, no poder recorrer mi amada provincia.

Pero, siempre hay que ver medio vaso lleno, extraño a mis colegas, a los niños jugando en el patio de la escuela, a mis amigos, a buscar mis fotos dentro del bosque, maravillarme con las aguas cristalinas, quedarme tomando mate a la orilla del Canal. Supongo que los animales están felices de haber recuperado sus espacios más, como los sé tan dadivosos, nos darán una nueva oportunidad. La cuarentena se va a terminar cuando todos entendamos de que cada uno depende la vida de muchos.

En China ya festejaron que el virus fue vencido, ojalá acá lo hagamos por recuperar la conciencia de dejarles un mundo mejor a quienes nos preceden.



LO QUE TRAE LA CUARENTENA

Por Guadalupe Lioren Rodríguez Vercinkevic

Me preguntó si quería volver. Y yo quiero volver, lo quiero con mi cuerpo. No me mires así, quiero volver, lo deseo pero quiero volver a ese día en la playa, cuando la pequeña brisa jugaba con mi pelo, el sol con mis ojos y sus manos eran mi templo.

Ese día estuve en el presente, no sé cuánto tiempo. Mi cabeza no se iba ni para adelante ni para atrás, tampoco inventaba películas románticas imaginadas. Estaba ahí, porque era lo que quería.

Porque mi cuerpo sincronizó con el de él. Nos comunicamos con cada célula. Recuerdo risas, silencios y hasta una carrera a la orilla, de esas que parecen de vida o muerte ¿Qué, qué quién gana? Lxs dos. El premio fue el mejor abrazo que puede, de esos que ningunx piensa cuando tiene que soltar al otrx porque los cuerpos respiran el mismo aire.

Yo quiero volver a eso. No quiero volver con él pero lo entiendo. En este encierro tan extraño, tan excepcional, donde cada neurona intenta entender a la otra, donde pasamos por mil emociones y sentimientos.

Está bien que me diga que quiere volver. Se está aferrando al encuentro de dos cuerpos que se amaron, como esa tarde en la playa. Ese día quería estar ahí, hoy lo necesita.

Y no sé qué voy a hacer, como le voy a decir que nuestros cuerpos ya no son los de ayer, que cambiaron y hablan otro idioma. Lo que sí sé es que voy a estar para él, como compañera o amiga, en la medida en la que pueda.

Es probable que en unas horas yo también necesite aferrarme a cualquier momento en el que mi cuerpo-mente conectó con otro cuerpo-mente.



APUESTAS

Por Javier Vargas

Solo era una noche tranquila y común, y como todos los viernes a la noche, un grupo de cuatro socios, se juntaban a apostar en un juego de cartas. Desafortunadamente los tiempos que corrían no eran los mejores, la tasa de muertes había mermado notoriamente debido a la psicosis global por miedo a un resfrío nuevo.

Las almas que disponían cada uno para hacer sus apuestas no eran tan numerosas como de costumbre. Pero un apostador no va a dejar de jugar mientras le quede un último poquito para remontar.

Esa noche hubo idas y vueltas por cada mano, gritos de festejo y de furia, golpes sobre la mesa, e improperios al por mayor.

La muerte veía a sus hijos jugar, deleitándose con cada rabieta, cada descargo, cada victoria. De todas maneras, cada alma en juego esa noche le correspondía a ella y nadie más que a ella, pero aún así, disfrutaba verlos a ellos como competían entre sí, para darle una mayor tajada en recompensa.

Decadencia solo esperaba pacientemente, ya que cada instante que pasara le daba un alma nueva, o vieja, según quién la vea.

Angustia tenía sus rachas de suerte, pero es sabido que la noche es más propicia para recolectar sus almas.

Enfermedad venía con unas semanas de buena racha, sus bolsillos últimamente los traía más abultados.

Irresponsable solo llegaba con lo justo para comenzar, muchas almas no llegaban a tiempo para su descenso, afortunadamente él era muy bueno con el azar.

Pasó la noche, jugada tras jugada, apuesta tras apuesta. Hasta que al finalizar la noche, con los primeros claros del sol, cada uno de ellos le entregó a la muerte su cuota de almas, no sin antes atropellarse entre ellos y correrse a codazos para ser el primero.

Ellos sabían perfectamente que todas las almas eran para ella. Se sentían contentos por tener más que cuando comenzaron, o abrumados de tantos más y tantos menos, y claro que no estaban contentos por tener menos que cuando se sentaron a jugar.

Lo que no sabían, y nunca se enteraron, es que al final de la noche, después de cada apuesta, los sabores se mezclaban, y cada alma tenía su sabor a enfermedad, su toque de angustia, un dejo de decadencia, y una fina pizca de azar dejada por la irresponsabilidad.

Todo esto, simplemente, para que al final de cada jornada, la muerte quedara satisfecha.



LOS CHINITOS

Por _Qmaldita

Era de noche, llovía a canteros y me desperté sobresaltada a causa de un ruido que sonaba similar a unas trompetas en el cielo. Me asome por la ventana y no se veía nada. Medio dormida prendí la pava, encendí el televisor y me quede inmóvil frente a la noticia que cambiaría nuestras vidas para siempre. -- ¿Qué estaba pasando? No entendía nada - Corrí a las habitaciones de a mis hijos y vimos la imagen repetitiva una y otra vez - Quédate en casa...Quédate en casa...

Pasaron los días y lo rutinario se desvanecía frente a nuestros ojos. Las personas comenzaron a fallecer en las calles, en todo mundo. Era una pandemia. Los militares cavaban fosas comunes para cremar los muertos evitando así, la propagación. Eran miles los contagiados, no existía vacuna, solo contábamos con un test para diagnosticarlo y si daba positivo, te aislaban por un tiempo y si no lograbas mejorar, morías solo, sin más ni más. Lejos de mamá y papá, sin despedidas, ni entierros. No había donde escapar. El hogar se volvió nuestra trinchera.

Comenzamos a valorar las cosas importantes... A disfrutar de la familia, a entender que no importaba, si ganabas miles o eras desempleado, si eras el mejor o un don nadie, lo material carecía de valor... Comprendimos que cuidarnos y aislarnos era la única lucha contra esta pandemia que arrasaba silenciosamente. A media q transcurrían los días surgían los rebeldes, incapaz de pensar, arriesgándose, evitando controles, reglas y restricciones, según ellos, grandes hazañas. En mi opinión, no veían claramente el panorama o no tomaban conciencia, como suele pasar, hasta que no te pasa... Típico Comportamiento argentino.

Asimismo aparecieron los infaltables héroes de cada historia, ellos, no contaban con una capa, ni súper poderes. Eran héroes comunes, gente normal: Eran los médicos, que trabajaban incansablemente buscando una cura y brindando tratamiento al que lo necesitara sin mirar las agujas del reloj; Los militares, la policía y los empleados públicos que asistían a las familias más necesitadas; controlando el cumplimiento de la cuarentena de cara al frío, la lluvia, solos, exponiendo su propia vida; los infaltables ciudadanos auto convocados unidos para ayudar al prójimo y el estado que por primera vez, desde que tengo memoria, priorizó la vida humana ante cualquier circunstancia. Todos ellos poniéndole el pecho al país, con un barbijo y un par de guantes descartables como escudo.

Logro imagino lo difícil que debe ser para ellos afrontar la muerte diariamente, estar expuestos al sufrimiento, la vulnerabilidad, la empatía. Dar lo mejor y que a veces no sea suficiente... Llegar a casa todas las noches tratando de ocultar las lágrimas del día a día para no preocupar a los seres queridos; sentirse solos, dejar de lado a la familia propia para velar por otras familias; Tener el temor constante de acercarse a sus propios hijos por miedo a contagiarlos por más que tomen las precauciones establecidas; Tantas madres solteras en estas profesiones arriesgándose. Realmente me conmueve y despiertan mi admiración. Seres tan nobles y con una marcada vocación de servicio. Acciones que nos definen como seres humanos.

El panorama se volvió incierto, virtual y distante. Las semanas cargadas de interrogantes, angustia y estrés... Lejos del sol y la luna. Observando el paso del tiempo a través de una ventana. El ayer era parte del pasado.



Las redes jugaban un rol importante: robando sonrisas, proponiendo retos, los infaltables memes y tik tok, brindando actividades de recreación de todo tipo, acercándonos a la conectividad con el mundo, los famosos y el infaltable "Aprendo en casa" para los chicos.

Y llegó el 2 de abril, una fecha tan sentida para los fueguinos, era imposible realizar la vigilia como todos los años. Entonces, virtualmente nos convocamos para cantar hermanados el Himno Nacional y la marcha a Malvinas a las 8:00 en honor a nuestros Queridos Veteranos. Cada uno desde casa, con lágrimas en los ojos, el dolor en el pecho pero unidos por el amor a Nuestras Islas Malvinas dejando al viento el grito ¡Viva la Patria!

Eventualmente también llegaron las pascuas sin misa ni vía crucis. Doy fe que todos emprendimos en la gastronomía elaborando el famoso el serenito casero, los doritos, las facturas, los huevos de pascuas... Alimentando el alma y la pancita. Tranquilizando las aguas.

El covid-19 (así llamamos al virus) es un acechador persistente, que patrulla los góndolas, recorre las calles, está presente en el aire, en las cosas, a la espera de los abuelos. EL es resistente al frío y puede mantenerse oculto en las personas asintomática durante 14 días y cuando surge algún síntoma, ya se ha propagado en los seres queridos o simplemente en el entorno, devastando familias enteras.

Descubrimos que los animales son inmunes o eso parece hasta ahora. El planeta comenzó a sanar, dejando entrever a los verdaderos responsables de la amenaza, invariablemente, nosotros. Tal vez fuimos cegados por la ilusión de haber conquistado a la naturaleza con la tecnología. Aun no lo se

Hace ya, más de un mes que estamos así. Muchas personas están sin trabajo, está complicado la situación del país y el mundo entero. Las buenas noticias nunca faltan, muchos ciudadanos lograron recuperarse satisfactoriamente cultivando rayitos de esperanza en la comunidad. Hoy seguimos en cuarentena, sin clases presenciales, sin asistencia al lugar de trabajo, lejos de los familiares, con la ausencia del mate pero estamos y sobreviviremos. Como dijo Ibn Sina (980 - 1037) "La imaginación es la mitad de la enfermedad; La tranquilidad es la mitad del remedio; Y la paciencia es el comienzo de la cura.

Fin



SIN TÍTULO

Por Miqa

Ignoro cuántas lunas han pasado,
o la sensación del sol en mi piel.
La ropa se ha vuelto escasa; reutilizándola,
una y otra vez.
Los días comienzan idéntico al anterior
pero le van restando una vida,
en cuenta regresiva,
a esta reclusión.

El futuro ya no me habla, no entiendo qué le pasó.
Será que presencié la irrupción del presente en mi habitación
y lo sintió como traición.
Éste dijo que se quedaría y no puse objeción.

Pensé que el futuro siempre estaría, pero se fugó
junto con mis planes que hasta mi agenda secuestró.
Las horas se ahogaron con los trozos de aquella relación,
que nunca tuvo fundamento, solo imaginación.

Entonces, me quedé a solas con aquél presente,
conociendo lo seguro e intransigible, ameno y apasible
de esta nueva unión.
Y me enseñó a transitar los días otra vez,
hasta que aprendí a vivirlos, por primera vez.



SENTIRSE VIVO

Por Yanina Tabares

La soledad toca la puerta de nuestro hogar, nos atraviesa como una espada y nos descubrimos con nuestros peores enemigos, tal vez eso que no nos animamos a enfrentar, eso que nos cuesta sacar desde lo más profundo de nuestro ser y que hoy la vida te da una nueva oportunidad para sanar, para volver a florecer, para despertar y disfrutar de las pequeñas cosas, de un café, de una charla, de un jardín sin fin de momentos esenciales que nos conectan con nosotros mismos, es como volver a sentirse vivo.



MEDIR EL TIEMPO

Por Esteban Balza

Mi pobre vieja se murió hoy a la mañana; y no, no fue por el virus ni tampoco le faltó plata para los medicamentos. Tenía que pasar y pasó. El tema es que yo crecí en Balcarce, a la vera de los cerros, pero pasados los treinta hice mi vida en Ushuaia.

Son como tres horas hasta Bahía Blanca (si es que hay vuelos) y de ahí, unas horas más en colectivo. Ni les cuento lo que es cuando los únicos vuelos que hay son para Buenos Aires, y las horas en ruta se multiplican exponencialmente.

Llamé, jadeante, al aeropuerto, aún a sabiendas de que la respuesta a mis súplicas sería franca, llana y mordaz: ningún avión despegaría hoy, ni mañana, ni por el resto del mes.

Milagro fue ser atendido. Oír la suave voz de una mujer, cuyo único trabajo era mitigar las esperanzas de los incautos. Milagro fue que repitiese, imperturbable, los protocolos mil veces expuestos por cuanto medio existente; que se explayase, indiferente al inexorable paso del tiempo (ide mi tiempo!), en detalles burdos, carentes de sentido para mi mente, por entonces caótica, electrizada por la rabia y la frustración de toparme ante tal defraudación sin culpables, sin nadie a quien señalar.

La mujer del aeropuerto me habló de países exóticos y de personas varadas, al tiempo que yo secaba el sudor de mi frente. Recitó historias deprimentes de familias deshechas, ruegos ignorados, miseria y soledad absoluta. Entonces, yo le hablé de mi infancia, de los campos, del duro contraste entre las arenas ardientes y las aguas frías de la costa atlántica, situada a pocos kilómetros de mi ciudad natal. Hablamos por horas sin siquiera notarlo, diciéndonos tácitamente los que sentíamos; que la realidad había superado a la ficción en algún punto incierto, y que nuestra soledad, aunque en suelo argentino, no era muy distinta a la de aquel tipo desesperado pidiendo socorro en Shanghái; ni menos insípida la indiferencia hacia nuestros días, como pudiera serlo para las largas filas de varados bajo el implacable sol de Guayaquil.

Preguntó ella para qué quería yo viajar, y de nuevo mi madre acaparó todos mis pensamientos. Mi madre, que para esas horas de la tarde en la que el crepúsculo ya se hacía inminente sobre el canal Beagle, habría gozado del silencio absoluto en un velorio sin un solo asistente. Así que le hablé de ella, de su esfuerzo infinito por sostener el hogar con un marido ausente. De sus intentos, cual polilla, por alcanzar la luz. De los novios, los que fueron buenos conmigo y los que no.

Dirigirme a ella fue como una inyección de morfina en el alma, un último goce para mis anhelos marchitos. En cierto punto, volar para ir a ver a mi difunta madre en medio de la cuarentena, me resultó una ambición grotesca. Transitar las calles plagadas de paranoia, sólo para ir a ver a una muerta. Si a fin de cuentas era más feliz recordándola, risueño, pegado al teléfono.

En medio de la bruma constante de mis propias reflexiones, atiné a preguntarle algo más a la mujer del aeropuerto, pero la comunicación se cortó. Mi celular se había apagado. Aguardé minutos eternos a que ella devolviera la llamada, mientras la agonizante batería se iba cargando. Pero eso nunca sucedió.

Tiempo después me di cuenta de que el número marcado no era el del aeropuerto de



ESCRITOS DE CUARENTENA

Ushuaia, sino el de atención al cliente de Aerolíneas Argentinas.

Quizá, apenas interrumpida nuestra conversación, otra llamada se hubiese colado en su teléfono, otro pobre diablo desesperado por viajar. Quizá, en sólo cuestión minutos, la mujer del aeropuerto me había olvidado.

En fin, mi pobre vieja murió hará una semana, o puede que hace un mes, no lo recuerdo con seguridad. Estuve pensando en otras cosas; en el tiempo que dejé pasar ayer y hoy, echando furtivas miradas a la bahía, y a la desierta pista de aterrizaje. Y qué decir del tiempo que tengo por delante, que con certeza se escurrirá en torno a mi rutina habitual. La que, para ser honesto, no ha variado en absoluto, hasta donde puedo recordar. Más de lo mismo, pero sin el correr de los días, que de pronto se han vuelto por demás insustanciales.

Me inquieta, pues, saber a esta altura del partido, cuándo fue que dejé de medir mi tiempo en domingos de resaca.



LA DIFICULTAD DE DESCANSAR

Por Maximiliano Speranza

Por mi cabeza venían dando vuelta varias frases: “Necesito tomarme unos días”, “estoy estresado”, “no tengo tiempo ni para cocinar”, “me gustaría jugar con mi hijo”. Los niños necesitan pasar tiempo con su padre y con su madre, no es un capricho de ellos. Yo no tengo tiempo ni para mí, y nunca reparé en las veces que Horacio me decía “juguemos a algo papá”. Me muero por dedicarle más de 10 minutos seguidos, pero el cansancio me hace un uppercut que me deja tirado hasta el otro día. Será por eso que la nombra más a Martita, su madre, que a mí. En casa, yo no hacía otra cosa que satisfacer las necesidades básicas del ser humano.

Cuando uno se pasa todo el día afuera, quiere volver a casa, al lugar donde recarga las energías. La casa es como los brazos de mamá a los 5 años. Tan poco tiempo paso yo en la mía que me pregunto para qué compré el sillón. Ni recuerdo cómo es la mesa, pero ahí nos reunimos a cenar. También hay otros muebles que ocupan espacio sin sentido. Si los vendemos les podríamos sacar unos mangos. La que más disfruta el sillón es Greta, la gata, que todos los días se encarga de romperlo un poquito. Bueno, por más que no usemos todo el mobiliario, elijo entrar todos los días a una casa con un sillón roto por una gata. La casa tiene que ser un lugar bello aunque pasemos poco tiempo. ¿Y si en algún momento nos toca estar varios meses sin salir?

Un viernes, de hace algunas semanas, llegué unas horas antes a casa. Horacio vino corriendo a la puerta y se me pegó a la cintura como un abrojo. Yo iba a esperar a lavarme bien las manos y la cara antes de besarlo. Martita desde la cocina giró la cabeza sin entender por qué llegaba a esa hora. Hasta ese momento, yo tampoco sabía bien el por qué. Esa tarde le usurpamos el sillón a Greta.

“Hasta nuevo aviso y por disposición del Presidente de la Nación nos vamos a quedar adentro de las casas, no vamos a venir a trabajar. Les vamos a informar cuando tengamos novedades. Por lo pronto cuidense, porque parece que esto no es joda” dijo el jefe de mi área que, con más preocupación que los empleados, por su avanzada edad, nos saludó de lejos y comenzó a caminar lentamente hacia a la salida. No puedo negar que al principio me invadió la felicidad de salir antes del trabajo, como si sólo se hubiera cortado la luz y te manden a la casa. Pero ¿cerrar la empresa hasta nuevo aviso? Esa era una decisión extrema. Al rato, todo era incertidumbre y miedo.

La mañana siguiente me sentí raro, no quiero mentir. Estaba en casa, en pantalones cortos y tomando mate en la mesa. Si los muebles sienten algo, tampoco entendían que estaba pasando. Pero no sienten nada, asique una preocupación menos, por si había que venderlos. Yo estaba pendiente de las noticias y del celular. Se había decretado el aislamiento social, preventivo y obligatorio. La cuarentena. ¿Y si me llegaba un mensaje del trabajo? Por las dudas lo dejé en sonido.

Cuando se despertó Horacio me vio sentado en la mesa y empezó a correr y a gritar “vacaciones”. Pensándolo bien, quizás en ese momento, los muebles entendían un poco más que él. Con su madre le dijimos que no eran vacaciones, la televisión se había encargado de grabarnos eso en el cerebro. Nos teníamos que quedar adentro, sin poder salir a ningún lado como si estuviéramos jugando a las escondidas con los vecinos. El vecino que veían moverse afuera de la casa, perdía y tenía que barrer toda la cuadra. A Horacio le pareció divertido pero me miraba con desconfianza en su sonrisa.



ESCRITOS DE CUARENTENA

Los días transcurrían entre juegos, ladrillitos, rompecabezas, hojas y lápices. En la televisión se ternaban las noticias con los dibujitos. En la cocina lo que más salía era el mate y pan casero. Debo confesar que usamos utensilios de cocina que quién sabe dónde se compraron y cuándo. En el living, peleítas con Horacio. No sabía que le gustaban tanto. Los tres habíamos armado un equipo increíble, orgullosos de nuestro compromiso con la cuarentena. “No hay mal que por bien no venga” dicen. En la tabla veníamos bien arriba, sin saber cuánto iba a durar el torneo, le teníamos fe al podio. Yo seguía relojeando el celular como el primer día. ¿Y si me escribían del trabajo?

Habían pasado dos semanas y a pesar de que estaba en casa y tenía mucho tiempo libre para dedicarle a lo que quisiera, no pegué un ojo desde la primera noche del aislamiento. Peste Negra, Viruela, Cólera, VIH, Ébola, Gripe Porcina, entre otras tantas pandemias mundiales, que se llevaron la vida de millones de personas. Ahora: Coronavirus. Mi vida, no solo dependía de mí, sino también de los demás. En este partido éramos todos titulares y la consigna era simple y clara: quedate en casa. Horacio se olvidó de la palabra “vacaciones” y empezó con “el coronavirus está afuera y es malo”. Ah, él tiene 5 años, está sin salir hace muchos días y cada tanto en los brazos de la madre. Quizás, después, le cueste un poco salir a patear el jardín.

El miedo de morir o de perder a un ser querido estaba más o menos asumido. La televisión, la radio, periodistas, políticos, médicos y policías se tomaron el trabajo de que lo entendamos. Este virus no distinguía clases sociales y ya nada era seguro, ni la vida ni el trabajo. El celular todavía no daba señales. Pareciera que sólo se puede descansar con la sensación de que todo está bajo control.

A los 28 días de estar encerrados, sonó el celular. Nos avisan que empezábamos a hacer guardias por turnos. Seguía teniendo trabajo y había esperanza. La cosa no parecía mejorar, pero al menos estaba controlada o así nos decía el presidente. Esa noche tampoco dormí bien, pero le encontré un lunar a Horacio que no le conocía.



IGNORANTE

Por Luciana Vazquez

¿Por qué, hasta ahora, no me he sofocado entre las paredes de mi casa?

llevo más de tres semanas encerrada

eso no es normal

¿Por qué no me he sorprendido al ver las calles vacías?

puedo escuchar pájaros cantar

eso no es normal

¿Por qué no me espanto al ver las noticias?

hay 90 mil muertos en el mundo

eso no es normal

La realidad golpea secamente

a la mente ignorante

y siempre demasiado tarde

Solo le queda a uno contemplar

con las manos atadas,

al mundo venirse abajo.



REFLEJOS

Por Fernando Viera

Sintió un espasmo en la mano que sostenía el control remoto. Era martes, pero en la tv comenzaba puntual su programa de jueves por la noche. Se vio confundido. Intentó inútilmente despegarse del sillón, parte de la cuerina lo había atrapado. Se resignó de inmediato. Se quiso concentrar en el programa, pero ya no estaba. Tardaba treinta y ocho segundos en dar toda la vuelta y caer en el mismo canal. Esta vez tardó treinta y tres. Cuando llegó se dio cuenta, más confundido que antes, que su programa de los domingos había empezado hacía unos minutos. Miró el control remoto como pidiendo explicaciones. Trató en vano de dejarlo en la mesita, el control y su mano ya eran uno.

Afuera el mundo había dejado de girar. Adentro una realidad espiralada los consumía. Su memoria comenzaba a contar los sucesos todos como uno y se le hacía imposible diferenciar el hoy del ayer. El Tiempo se aplanaba hasta volverse una sustancia irreconocible. Los instantes se habían superpuesto volviendo a esa realidad un extraño sueño interminable. Cambió de canal.

Por un instante pareció acordarse que alguna vez tuvo una vida. La imagen de él mismo caminando las calles de su ciudad le hizo esbozar una sonrisa. Si existía un pasado era ese, el imaginario. El eterno presente era otro. Cambió de canal una vez más. Cambió de nuevo, pasó por tres más, cuatro canales, dio una vuelta rápida por todos y nada. La señal se había ido. Pantalla negra del fin del mundo ante sus ojos. Se movió apenas para acomodarse mejor. Cerró los ojos para despertarse. El sonido abrupto de la puerta del baño lo despertó aun sabiendo que no había dormido. El televisor se había alejado unos metros. Sin embargo, las paredes de la sala estaban más cerca. Ella lo miró tratando de entenderlo mientras él contemplaba su reflejo en el plasma que se había apagado. Era lunes, como ayer y mañana.

- ¿Ya podemos salir? - le preguntó un poco desganada. Él no contestó. Escuchaba su voz desde la lejanía absoluta. Le daba un poco de vergüenza contarle que era más sillón que persona. Disimuladamente volvió a querer soltar el control remoto, pero ya no sentía su mano, sus dedos le parecían botones. Dedujo que parte de él ya era plástico y baterías. Amagó a contestarle, pero no sabía si ella estaba ahí o si era el recuerdo de algún lunes perdido. Cambió de canal. Ella lo miró extrañada, pasó por la cocina y al volver no lo vio más. Lo buscó por todos lados mientras él la miraba desde la fría cuerina. Aunque le pareció verlo en el reflejo del plasma, supo enseguida que era la imagen de él que estaba grabada en su mente. Un fotograma obstinado en su memoria. Se acercó para convencerse, cuando el televisor se encendió de pronto. El noticiero anunciaba a todo volumen el clima de aquel domingo gris. Buscó el control remoto, pero ya no estaba. Levantó el almohadón del sillón para recuperarlo; él sintió apenas una cosquilla. No lo encontró, lo veía pero no lo veía, sabía que estaba ahí, sentía que el sillón se lo había tragado al fin. Se acercó al plasma y lo apagó. Otra vez el reflejo de él en el rabillo del ojo. Giró rápido para clavarle la mirada y asegurarse que estaba ahí, que siempre estuvo ahí. La soledad de los lunes le recorrió la espalda, otra vez. Encendió el plasma, se acomodó en el sillón y dejó todo para después. Su programa de los jueves comenzaba puntual aquel martes surrealista. El ruido de la puerta del baño la volvió en sí.

- ¡Lo encontré! - Dijo él entusiasmado blandiendo el control remoto como si fuese la cura



ESCRITOS DE CUARENTENA

de todos los males. Fue hasta la sala y no la vio. La buscó por todos lados mientras ella lo miraba desde la fría cuerina. Le pareció verla en el reflejo del plasma, aunque enseguida se convenció que era la imagen de ella que estaba grabada en su mente. El fotograma obstinado en la memoria. Se acercó para convencerse, pero el televisor se encendió de pronto. El noticiero anunciaba a todo volumen el clima de aquel domingo soleado. Creía tener el control en la mano, pero de inmediato sintió que había olvidado dónde lo dejó. La soledad del martes le recorrió la espalda como cada jueves. Apagó el plasma y se acomodó en el sillón. En su mano el control aparecía como si nunca lo hubiese soltado. El ruido de la puerta del baño lo volvió en sí una vez más.

- ¿Ya podemos salir?

Miró su reflejo en el plasma esperando que apareciera el de ella, pero nada. Una cosquilla lo alertó por un instante. El sillón, se lo llevó para siempre.



REFUGIO

Por Lorena Maicheo

Y entonces la rutina se detuvo y todo el mundo pudo estar más tiempo consigo mismo.

Imagínense, en la cotidianeidad de la vida, de un día cualquiera sin la amenaza del posible fin, nos encontramos inmersos en el funcionamiento casi perfecto de actividades que se suceden para dar paso a otras nuevas. De actividades medidas, calculadas, cronometradas. Y parece que no hay otra manera de vivir.

Todos parecen transitar por una vía infinita de situaciones prefabricadas. Consciente o inconscientemente. La terca costumbre de vivir en "el afuera".

Y en el momento en que ya no hay afuera, solo queda el refugio. Ese refugio que no tiene ni paredes, ni muebles, ni techo; que no tiene aparatos. O al menos no debería.

Quizás si los tiene, quizás está lleno de materialidad inerte, quizás todo el lugar está cubierto de desechos inservibles. Quizás solo están ahí para nublar la vista. Para desviarla.

Después de todo solo queda compartir con esa voz que ahora está leyendo estas líneas. Ustedes juzgarán si eso los hace sentir confort o no.

Pasa un día, dos días, un mes. Y el aburrimiento llega. Tenemos tiempo, mucho tiempo. Y aun así, no sabemos qué hacer con él. Porque tenemos la manía de hacer algo pero, por si solos, no sabemos que. Porque tenemos la productividad arraigada en la piel y solo podemos vivir con el tiempo controlando nuestro quehacer, nunca al revés. Y si tenemos demasiados minutos, solo queremos matarlos. Matar el tiempo. Como si fuéramos eternos.

Pasan los días y seguimos sin conocer a esa voz que siempre escuchamos.

¿Tanto nos cuesta dejar la superficialidad para adentrarnos en nuestro real refugio? ¿No viviríamos realmente la vida si la conociéramos? ¿Tal tortura supone darnos cuenta de que sólo nos tenemos a nosotros mismos? Si tan solo nos esforzáramos en saber de ella; si el miedo a lo desconocido no se nos hiciera carne. Porque sabemos que no es fácil.

Si tan solo fuéramos valientes...



LA COSA

Por Cecilia Susana Olivera

Deseaba despertar de un caos que nos apresaba, porque la llegada de “la cosa”, era algo así como estar inmersa en la peor de las pesadillas. A lo lejos se sentía un tímido ruido que fue acentuándose cada vez más, hasta ingresar a la profundidad de mis tímpanos. Era el despertador que me anunciaba el final de mi flagelo. Desperté finalmente de ese terrible sueño, que pareció haber durado interminables años. Esa mañana el despertador me trajo nuevamente a mi realidad. Adoré aquel aparato que siempre detestaba. Me quedé en la cama unos minutos más de lo que acostumbraba; unos pequeños hilos de luz se asomaban por un tímido espacio entre las cortinas de mi ventana. Comencé a estirarme tratando de recordar lo que había soñado (algo muy común en mí) a fin de no olvidar detalles. Los sueños siempre me anticipaban algo, o al menos, alguna pista de algún hecho que pudiera ocurrir. Temía entonces, que algo de aquello pudiera llegar a ser cierto. Decidí, dejar de lado al menos por ese momento, esa sensación que seguía dándome vueltas y torturándome. Sólo quedó el eco de la denominación de la agonía que azotaba ese tiempo fantaseado “la cosa”. Me senté en la cama, y sentí correr el frío del suelo en mis pies. Me paré, me coloqué una bata, mis pantuflas y conduje el peso de mi cuerpo entorpecido hasta el baño, para darme una ducha reparadora. No pude dejar de mirarme al espejo; mi cabello parecía un nido de pájaros en proceso de construcción. Mis ojeras denotaban la mala noche que había pasado. Pero lo que no sabía, era que aquello, era sólo el principio de lo que se avecinaba. Varios signos indicaban que no estaba tan lejos de ser real.

La mañana se veía diferente, yo me sentía diferente, claro está, y para sorpresa mía, lo que venía me haría ver todo de un modo distinto. Despertar de un sueño, era más simple que despertar de la realidad, una realidad colectiva que nos cacheteaba de una forma impensada: con la muerte. La vida y la muerte se enfrentaban como en un partido de ajedrez. ¿Negro o blanco? Las jugadas eran peligrosas, como las decisiones que tomaban los participantes del juego casi mortal, un juego en el que estábamos todos involucrados.

Caminé como de costumbre, con la rara sensación de estar en un tiempo colmado de extrañezas, alerta, anticipándome a cualquier detalle fuera de lo común. Como si fuera espectadora de una película, veía gente correr, amontonamientos en los mercados, gente como en estado de desesperación; algunos caminaban con pasos desalentados entre barbijos y guantes de látex; miré a mí alrededor y los signos aumentaban; no se veían niños. A medida que avanzaba mi andar, se veía y sentía un vacío muy grande; en las plazas que habían sido inauguradas, primaba el silencio. Sólo el viento suave acariciaba las hamacas desiertas y las hojas de los árboles danzaban alrededor de los juegos, como contándoles las rarezas que estábamos viviendo. Me detuve hipnotizada con esa imagen y sentí un eco. Sólo resonaba como muy a lo lejos: “la cosa”, “la cosa”, “la cosa”...

“La cosa” había llegado de manera silenciosa, no tenía forma, ni tamaño, ni olor, tampoco tenía religión, ni nacionalidad, ni color, ni estatus social. Pero sí tenía una voracidad atroz, era capaz de llevarse más vidas en un día, que una guerra cualquiera.

Por causa de ella el mundo se detenía, pero no atacaba a la naturaleza, sino al ser humano. ¿Quizás por no ser realmente humano? Era una especie de invasión que arrasaba, y dejaba solo a su paso animales, ríos, lagos, montañas. Paradójicamente los enjaulados eran los hombres, mujeres, niños,



ESCRITOS DE CUARENTENA

ancianos, la sociedad toda. El aire olía a miedo, mezclado con esperanzas del encuentro con otros.

Venía en cierto sentido, a poner orden, a despertar a los necios de la certidumbre más incierta. El padecimiento era su marca registrada, el sufrimiento golpeaba la puerta de cualquiera de nosotros: salvadores, incrédulos, adultos, niños, soñadores, pobres, ricos, tímidos, extrovertidos; en fin, ninguno estaba exento.

Ni el poder, ni las marcas, ni los títulos más importantes servirían de nada. La certeza había desaparecido del vocabulario cotidiano, así como las proyecciones y planes a corto y mediano plazo.

Como saliendo de un estado de transe, continué caminando. Transité las siguientes cuadras, en cuyas veredas se podían observar árboles de tamaños y colores distintos, típicos del otoño fueguino; ese camino era una suerte de recta final. Poco a poco, aquel camino, iba desdibujándose con cada lágrima que derramaba, sin emitir sonido alguno, solo acompañadas de ese nudo en la garganta que me quitaba el aire, y que me anunciaba otra realidad posible. De pronto, solo quedé parada en ese lugar, un lugar en blanco, donde podía encontrarme con mi esencia y sentir que la angustia desaparecía. Me abrasé fuerte, me sentí segura, como una niña entre los brazos de una madre y fue allí que desperté, con ese calor casi divino. Desperté de la realidad más cruda que me había tocado vivir, Abrí los ojos, aquellos ojos que tanto tiempo tuve cerrados y agradecí el hecho de estar viva.



A MANO ARMADA

Por Eric Uriel White

Jugando con la radio vieja se encuentra Inocencio, de veintipico, cambiando de dial y reaccionando a las noticias sobre la cuarentena, sobre el encierro, haciendo muecas indecibles de niño tal vez. Calentando el mate, metódico, progresivo para que no se queme la yerba se encuentra Sabino de cincuenta y tantos. Cualquiera podría haber dicho que eran padre e hijo, pero la realidad era en demasía distinta.

Pudo haber sido en un monoambiente o algo similar, supongamos una habitación, una cama y un cartón en el piso, una cocinita que podría servir para matear un rato o tan solo pasar el tiempo al lado del frigobar. Una abertura un poco más alta de lo normal, donde uno tiene que hacer puntitas de pies para poder asomar la nariz al borde que antecede a los barrotes que limitan el aire exterior.

- ¿Hoy es el décimo quinto día de cuarentena, no, Inocencio? Preguntaba Sabino dando un suspiro que acompañaba al succionar del mate.

- No, Sabino, vamos quince días nomás. - Respondió Inocencio mientras seguía sintonizando un dial imposible.

A lo que Sabino reprocha: - Yo no entiendo cómo pude haber quedado encerrado con un tipo como vos, tenés que ser un poquito más avivado, a-vi-va-te Inocencio, ya sé que querés salir, yo también, pero prestá atención, tomá nota si querés, que quizás aprendas algo. La cuestión es sencilla, nosotros en el momento en el que estábamos cayendo y pensamos que nuestro plan había fracasado, fue entonces cuando tuve la mejor idea del siglo. Sé que estás ofendido, yo también quisiera estar afuera. -

- Lo mismo decías con lo de la farmacia, donde salió todo mal, nos vendiste humo a los muchachos y a mí, de que era la mejor idea del año y este es el resultado, el encierro. - Respondió Inocencio aún sin mirarlo, desesperanzado tal vez.

- Escuchame Inocencio querido... siempre renazco de las cenizas como el ave a fénix, vuelvo a nacer como la chicharra o la cigarra, nunca supe si eran el mismo bicho, pero en fin ¡Salgo a flote! - objetó Sabino, desparramando yerba por todos lados

- No me versees más con salir a flote y todas esas pavadas porque siempre dejás cosas a flote en el baño y el que termina limpiando soy yo, así que no empecés Sabino. Déjame escuchar la radio tranquilo que todavía no te perdono lo de la farmacia. - Argumentó Inocencio molesto.

En ese momento Sabino irritado, tal vez por el encierro, tal vez por la impotencia de saberse derrotado ante el ímpetu de quien podría ser su hijo, pero no lo era, tira el mate contra la pared y en un escándalo de agua hirviendo arremete contra Inocencio que no tuvo tiempo a reaccionar. Estrujándolo del cuello, tirados en el cartón al lado de la cama, Sabino sin dejar de hacer presión sobre Inocencio le dice.

- Me vas a escuchar carajo, tengo la mejor idea porque nació en cuarentena y estamos ante un número sin precedentes alguno, si pensás un poquito esto es hasta casi bíblico ¿Sabés por qué? Noé tuvo cuarenta días de lluvia. Moisés estuvo cuarenta días en el monte Sinaí que pudo haber sido como el monte Olivia, ¿Vos sabés lo que es eso? Es más, el propio rey David estuvo cuarenta días al pepe antes



de enfrentar a Goliat a los gomerazos limpios... Y GANARLE. Es como que vos voltees a uno de los guardias a cascotazos, es una locura (mientras se exaltaba cada vez más, Inocencio iba perdiendo el aire). Es más, el mismísimo Jesucristo de Nazareth, el hijo de dios, el mesías, que en paz descanse (mientras se persignaba) estuvo cuarenta días ayunando. – Incorporándose de golpe como un militar o un político en campaña, Sabino prosigue:

- Yo creo que no es casualidad todo esto que está pasando. Decime, en qué mes estamos Inocencio querido. –

Intentando buscar aire, entre saliva y tos, Inocencio responde: - Estamos en abril, ¿Por qué? -.

Entonces Sabino, esbozando una risa casi diabólica y con la alegría de quién está a punto de cometer una de esas jugarretas que dejan bien parado a cualquiera dice:

- En nueve meses será diciembre. En este tiempo tenemos que proveernos de chupetes y pañales. Pensar como padres tal vez ¿Qué hace la gente cuando está encerrada y no tiene tele? – Tal pregunta fue como un baldazo de agua fría sobre la espalda de Inocencio que, enfocando su vista en la falta de tele, observando una sola cama e intentando sacar cuentas con sus dedos, comenzaba a angustiarse a tal punto que casi entre lágrimas y gritos le contesta: - ¡No! Sabino, no, y no es no. Yo te quiero como amigo nomás. –

Sabino entonces, se saca un zapato y lo termina lanzando como un atleta olímpico acertando de lleno en la frente de Inocencio. – No te insulto porque no soy un hombre violento nomás. No hablo de nosotros, además no sos mi target. Las parejas estando en cuarentena van a llenarse de hijos y los hijos requieren cuidados. – Pregona Sabino

- Cuidados... Hijos... – Repite Inocencio aún sin entender.

- Que no vienen inmediatamente, tardan como nueve meses en llegar completamente al mundo. Número que coincide para diciembre donde nosotros... (Reservándose una ínfima angustia, proseguía) Vos sabés lo que va a pasar con nosotros... No se va a repetir lo de la farmacia porque vamos a estar provistos de pañales, mamaderas y chupetes para vender. ¿Sabés cuánto está un chupete? – a lo que Inocencio responde sólo negando con un movimiento de cabeza. Enfadado grita Sabino – ¡Cuesta \$580! Sí... así como escuchás. Es un robo a mano armada. Para cuando salgamos venderemos chupetes y seremos ricos, siempre y cuando cumplamos con lo que nos toca y obtengamos la valiosa y preciada libertad...

En ese momento irrumpen los guardiacárceles gritando “pesquisa, los manos arriba muchachos que ya conocen la rutina”, para luego alejar a los convictos que seguían sacando cuentas con el retumbar de los portones.



¿ENCERRADA?

Por Macaca

Llevo días cerco adentro ¿encerrada?,
No son rutina mis sueños
se desordenan los días de la semana.
Hoy de mañana me preguntaba:
¿Estarán en celo los notros?
En Febrero los advertí; cuando aún caminaba,
con atrevidas flores, "simplones", se adornaban:
lencería roja de la naturaleza, que caerán ligeras
ante un otoño excitado por verlos desarropados.

Llevo días cerco adentro ¿encerrada?,
Por el aire en mi patio, pierde hojas la lenga,
cómo abrigos, en tierno sexo caen olvidados.
En la privacidad alterada de cada casa
Marzo, en tenebrosa pausa, se está despidiendo.
Abril apresurado desprenderá los últimos ojales
celoso por Mayo que hereda tal desnudez.

Seguirán mis días cerco adentro: ¿encerrada?,
Agosto despechado, ponchos blancos irá destejiendo,
y en espejos deshielados se adularan las rosas.
En septiembre, regresaran bandurrias maríneas
con música escapada de barcos naufragados.
Sabotearan nidos ajenos los caranchos,
habrá batucada de carpinteros en las ventanas.
El orgullo del frío será pasado,
¡Que no sea este virus por el miedo olvidado!

Llevo días cerco adentro ¿encerrada?
Mis pies danzan sobre mantas de hojarasca,
susurros que el bosque regala a nuestra casa
porque hay celebración en sus entrañas:
Lengas que advierten quedarse desnudas
sin evitar ponerse coloradas,
disfrutan al descubrirse ruborizadas,



ESCRITOS DE CUARENTENA

antes de verse, como los notros desarropadas.
El viento se ha detenido,
el calafate llora su desengaño,
sopló un deseo en su pastel de cumpleaños
pero está solo, sin niños de labios morados.
La luna serena su nostalgia ha encendido
con soles que cada año parten desvalijados.

Llevo días cerco adentro ¿encerrada?
Ha muerto el verano:
No es cárcel, sino esperanza amurallada.
Cada uno hurguea en su alma,
motivos tras vallas imaginarias.
Enmudecida la falsedad de calles abrumadas
inadvertida tal vez hasta este aullido en alarma.
Será entonces lo que hayamos aprendido
tras esta humanidad ¿Encerrada?
Disfrutar lo necesario; hacer del "habitat" la calma.
La naturaleza cansada de sentirse maltratada,
denuncia con muertes que se enumeran a diario.
Su sabiduría sin embargo, nada nos ha quitado,
solo un ramillete de abrazos se ha reservado.
Tal vez en su último grito por salvarnos
con uno mismo nos ha increpado.

El mar al frente; la montaña en las espaldas.
sin tiempo exacto. Sin relojes... ¿Encerrados?
¡No!. Con la sinceridad como oportunidad en casa
para cobijar la realidad como único abecedario
que defina sexualidad, familias, infancias,
maltrato, furcias, acoso, xenofobia.
Hacernos cargo por juzgarnos con tanta tiranía;
con la generosidad que el bosque delata al calendario.



CRÓNICA DE UNA CONVIVENCIA NO ANUNCIADA

Por Carolina Urtasan

Mi cuarentena: un mes de convivencia con mis padres en la casa de mi infancia, a dos meses de cumplir 30 años. ¿Cómo sucedió esto?

Hace cuatro semanas que la realidad cotidiana se volvió algo extraño e inmanejable. Mientras mis padres volaban hacia Ushuaia, el presidente anunció la suspensión de clases y el gobernador la cuarentena obligatoria en la provincia. Dos días antes, habían anunciado el cierre del Parque Nacional. "Bien - pensé - , ¿a dónde iremos a pasear?".

Beneficios: compartir con mis papás sin tener que ir a trabajar.

Contras: ¿qué podríamos hacer? ¿se puede ir a Playa Larga? ¿podrán verse con sus amigos?

En el auto camino a casa, traté de transmitirles los matices de esta compleja situación. Más que a casa, estaban llegando a una trampa que modificaba el marco de la realidad, lo posible y lo realizable en este viaje de visita de una semana.

"¿Que no se puede pasear? Pero si en la montaña no hay coronavirus. ¿No podemos ver gente? ¡Hace cuánto que no venimos a Ushuaia y no podemos ver a nadie!". Reubicarnos en este mapa llevó unos días. Además del desconcierto, teníamos enojo por no aceptar la situación.

Las máscaras de esta trampa-realidad fueron cayendo día tras día. Al tiempo que descubríamos lo que no podrían hacer en su visita, los pasajes de vuelta cambiaban de fecha, se cancelaban, surgían repentinas posibilidades. Con el tiempo nos acostumbramos a no alegrarnos por una reserva confirmada. Luego de pasar por tres aerolíneas distintas y por el cierre del aeropuerto de la ciudad por contagio del personal, nos resignamos a no tener fecha de vuelta.

El viaje se transformó en todo lo que no podíamos hacer, por tiempo indefinido, en la casa de mi infancia en Ushuaia. La casa es de mis padres, así que, aunque no viven allí, era una especie de "su casa".

La trampa fue tomando lógica propia. Yo trabajaba a distancia y mi papá también. Cada quien en su computadora, en la mesa o el sillón, desde la mañana hasta la media tarde. Al mediodía, nos turnábamos para preparar el almuerzo - tuvimos que hacer un llamado a la masculinidad a incorporarse a este quehacer-.

Una vez, apenas pasada la luna nueva, mi mamá y yo hicimos una fogata, bajo una lluvia finita de esas que no mojan. Expresamos algunas intenciones para el tiempo que se venía; yo pedí tener el valor de ver nuestras verdades sin engaños; mi mamá, la fuerza necesaria para hacernos cargo de sus consecuencias.

Mi mamá no tenía forma (¿o deseo?) de trabajar a distancia, así que se concentró en todas las cosas que había que hacer en la casa. Limpió y pintó tres puertas, seis ventanas, la pared del lavadero, cinco persianas, y sigue la lista... Al principio yo trabajé con ella. Pero mi propio trabajo me llevaba bastante tiempo y energía y, en definitiva, no tenía ganas de hacer esas tareas de mantenimiento. Mi mamá tardó bastante, pongamos dos semanas, sin comprender esto. A la situación de estar en cuarentena con mis papás de visita se sumaba la presión de tener que responder a los deseos de mi madre. ¿Era necesario?

La tensión se acumulaba día a día con pequeñas discusiones, indiferencias y una supuesta “normalidad”, absurda como todo intento de no decir lo que es evidente. Hasta que un día exploté, y entre mates con dos bombillas, sentadas al lado del fogón, pudimos desenredar parte de la madeja que nos hacía enfrentarnos sin ver que éramos parte de un mismo hilo.

¿De quién es una casa? ¿De quien la habita o de quien tiene el nombre en el papel?

¿Qué significa “aprovechar la cuarentena”? ¿Qué era lo único e irrepetible de esa situación? ¿Pintar ventanas? ¿Convivir? ¿Convivir, como hacía cinco años que no lo hacíamos, o convivir como hacía diecinueve años que no lo hacíamos, cuando nos fuimos de esta casa?

¿Qué significaría para mis padres estar varados en su propia casa, en Ushuaia?

En algún momento de la cuarentena adopté a Falcor, un perro de Zoonosis. Solamente hasta que termine la cuarentena. Es una versión XL de mi perra de toda la vida.

La situación parecía ser infinita. Los días se repetían idénticos y los pasajes de vuelta cambiaban de fecha y cada vez se iban más adelante, como el fin de la cuarentena. ¿Quién sabe? Quien dice cuatro de mayo dice veinticinco, tal vez podrían pasar mi cumpleaños número treinta conmigo. La trampa, definida por lo no-posible en este viaje, se transformaba en la posibilidad de imaginar que cualquier cosa podría suceder. ¿Un año en Ushuaia? ¿Trabajar en el hospital si era necesario? Quién sabe.

Un jueves les avisaron que había pasaje para el domingo, exactamente cuatro semanas después de su llegada. No nos alegramos demasiado, porque era una “reserva confirmada” más, pero sentíamos que esta vez era real. Entonces surgió la tristeza. Aprovechamos cada instante de esos días: podían ser los últimos que compartiéramos este año. Sólo pude concederles alegrías, limpiar las ventanas con mi mamá y comprar pintura para los faroles de adelante. Para ese momento había vuelto Guni, un amigo que vivía en casa antes que llegaran mis papás; se había ido para hacernos espacio, pero tuvo que volver. Guni es un gran cocinero, y esos días compartimos comidas de lo más sabrosas. Disfrutamos cada instante infinitamente.

Llegó el domingo. Al mediodía llegaron los dos remises, pero se fueron cuando les avisaron por radio que el vuelo estaba demorado por desperfectos técnicos y había tenido que volver a Buenos Aires. La salida se reprogró para esa tarde. Esas horas más que un regalo, fueron una ventana abierta a la atemporalidad, absolutamente indefinidas salvo por la alegría de tenernos cerca un rato más. Pero todo tiene un final. Llegaron los remises, con besos y abrazos transgresores nos despedimos, ellos volvieron a la casa que habitan y nosotros a nuestra “normalidad” de cuarentena.



INSANIA

Por A. Verdinelli

Tercer semana de cuarentena, los primeros días fueron tranquilos, pero cada vez se tornan más tediosos, una sensación de temor crece en el ambiente como si algo oscuro se gestara en el interior de la casa.

Pasamos el día mirando Netflix, leyendo, a veces entrenando para mantener la rutina y otras veces nos quedamos en el living sin hacer nada. Decidimos pasar la cuarentena con la familia de Tomás, sobre todo para compartir los gastos en comida y cuidar a su mamá que está dentro del grupo de riesgo. Como solo tenemos dos habitaciones, su mamá y su hermana duermen juntas.

Nuestra casa es algo vieja y chica, alpina, la escalera, los pisos y las paredes de las habitaciones están hechos de madera, cada vez que alguien camina o baja las escaleras, incluso cuando el viento sopla fuerte las maderas crujen.

Los días son tranquilos, el problema son las noches, se respira un ambiente extraño arriba, como si el aire fuera más denso, te nubla la vista y presiona el cuerpo, cada vez que subía el estómago se me endurecía, me sentía débil. Lo peor era el frío, la parte de abajo podía ser un horno pero las habitaciones nunca se calentaban y al ser otoño, la humedad te calaba los huesos.

Últimamente procuraba extender la hora de dormir, me costaba conciliar el sueño, se que era la única que lo padecía, los ronquidos de los demás lo evidenciaban, sin embargo no era lo que me mantenía despierta, las pesadillas habían vuelto.

No las sufría desde la adolescencia, cuando me fui de mi casa a vivir con Tom, la cuarentena seguro despertó cosas que creí haber dejado en ese lugar, si realmente estuvieran ahí, no sería la única despierta por las noches.

Estábamos terminando de cenar cuando las maderas del piso de arriba crujieron como si alguien caminara de una habitación a otra. Me quedé en silencio mirando a los demás, pero seguían conversando como si nada.

-¿Escucharon eso?

-¿Qué cosa?.- dijo Fer

-Los pasos... arriba.- dije, Tomás me miró preocupado.

-No escuche nada, debe ser el viento.

-Yo tampoco escuché nada corazón.- dijo la madre. Estaba segura que lo escuché, Tom me miraba preocupado, ya conocía mi historia.

Fernanda se levantó de la mesa:

-Bueno, yo me voy a dormir.

-Podríamos tomar unas cervezas...- dije.

-Paso, me voy a dormir, además me duele un poco la cabeza, nos vemos mañana.

-Yo también me voy a dormir.- dijo la madre.

Ambas subieron y cerraron la puerta, me quedé sola con Tom.

-¿Qué escuchaste amor?



-Pasos, desde nuestra habitación a la otra, y estoy con pesadillas de nuevo.

-Hmm... Como lo que pasaba en tu casa. Yo tampoco duermo, a veces tengo pesadillas.

-Pensé que me estaba sugestionando por el encierro, pero si a vos también te pasa no son solo pesadillas, hay algo.

-Si, pero quedate tranquila que ahora somos dos, somos fuertes, nadie te va a hacer nada... vámonos a dormir.

Nos cepillamos los dientes y subimos juntos.

La cama estaba entre dos ventanas, el respaldo daba con las casas de atrás y mi lado daba hacia la calle, del lado de Tom se encontraba la lámpara de una tenue luz naranja, a sus pies estaba la puerta que iba a la escalera. Prendió la lámpara para que durmiera más tranquila, me abrazó, me dió un beso y a los minutos me dormí.

Desperté en la oscuridad boca arriba, sentía sudor frío recorriéndome el cuerpo, el corazón palpitando a fondo, no podía moverme, gire la vista hacia Tom, seguía dormido, la luz de la lámpara estaba apagada, hacía fuerza para hablar y moverme, era imposible, estaba petrificada, mire hacía la escalera y la luz estaba prendida, titilando, me empezaron a zumbar los oídos y mis párpados se volvieron pesados, me costaba horrores mantenerlos abiertos.

Sentí náuseas, la habitación comenzó a vibrar, grité por dentro mientras intentaba mantener los ojos abiertos, la escalera rechinaba, algo está subiendo, veía una sombra... "No te voy a dejar entrar..." no debo cerrar los ojos... la sombra en la escalera crece... la habitación vibra cada vez más fuerte... lo veo llegar arriba, intento gritar pero no puedo, algo presiona mi cuello, la oscuridad se vuelve más densa... "¡Hoy no!" .

Retomo control sobre mi cuerpo y me incorporo en la cama, la luz de la lámpara está encendida, Tom duerme al lado mío... fue un sueño...

No....puedo verlo.

Está debajo de la cama, sus enormes ojos negros hundidos en un rostro descompuesto de piel grisácea, inmunda, una sonrisa enfermiza exhibe sus dientes carnívoros, la sombra de lo que alguna vez fue un hombre hoy solo es podredumbre. Escucho el abrir y cerrar de las tijeras de frío acero que sujeta con sus asquerosos dedos huesudos. Lentamente se arrastra mientras ríe cuál maniático, feliz porque encontró su presa.

Con todas mis fuerzas levanté a Tom y lo arrastré hacia las escaleras cuesta abajo, no entiende lo que está pasando. Escucho a la alimaña soltar una risotada y correr hacia la habitación de enfrente, "va a matarlas si no hago algo..."

Agarro un cuchillo de la mesada y subo corriendo.

La habitación estaba vacía, solo estábamos nosotros a oscuras pero podía verlo, su cuerpo emanaba una luz malévolala, nauseabunda, reía entre dientes sin apartarme la mirada de encima.

Me abalancé sobre él y me asestó un corte en la muñeca, sujete sus tijeras, intentó resistirse pero esta vez yo era más fuerte, lo apuñalé una y otra vez, en la cabeza y en el torso, sentía como el cuchillo atravesaba su cuerpo débil, inmundo.

La criatura emitió un chillido horrendo de dolor y sangre negra comenzó a brotar de sus heridas, finalmente cuando dejó de resistirse lo solté.

Ahora yacía inerte en el suelo, sus ojos negros vacíos de vida.

El cuarto comenzó a descomponerse, mire hacia abajo, la criatura ya no estaba, en su lugar yacía el cuerpo de Tom desfigurado y en mi mano derecha las tijeras cubiertas de sangre.



EL MONSTRUO INVISIBLE

Por Dario Ismael Molina

Un día nos levantamos con la noticia de que apareció un monstruo invisible, que es letal para nuestros mayores, y complicado para toda la sociedad por su capacidad de reproducirse de persona a persona, en principio sentimos que estaba lejos, que no era para nosotros.

Al otro día nos dijeron que nos teníamos que quedar guardados.

Nos dijeron que el monstruo que nos atacaba podía estar DENTRO NUESTRO

Nos dijeron que el otro ser humano puede ser el enemigo, no importa si es tu madre, tu padre, tu hijo, tu nieto, no importa el amor.

Nos dijeron que el otro tiene que estar lejos, que es la única forma de evitar que el monstruo nos devore.

El otro puede ser tu enemigo y vos podés ser el enemigo de él.

Y nos quedamos solos, nos quedamos solos de abrazos, de besos, de manos apretadas.

Y nos quedamos solos de reuniones, de asados, de festejos, de mates compartidos.

Y nos quedamos solos de fútbol, de básquet, de tenis, de maratones

Y nos quedamos solos de salir a correr, de andar en bici.

Nos cerraron nuestras playas, y mi río quedó en soledad y lo extrañamos y nos extraña

Y de golpe las calles quedaron vacías y silenciosas.

Las plazas quedaron vacías, las hamacas solo se mueven con el viento.

Los bancos de las plazas extrañan a las personas, extrañan las charlas, extrañan las miradas, extrañan las risas, extrañan los llantos, extrañan al motivo que le da vida a su existencia.

Los gorriones caminan por las calles sin entender que nos está pasando.

Nos dijeron que los mayores están en riesgo, entonces tuvimos que dejar de ver a nuestros padres, que ya son mayores y los condenaron a la soledad.

Que nadie puede salir a algún lado, entonces tuvimos que dejar de ver a nuestros hijos y me dejaron en soledad.

Entonces nos preocupa estar en contacto con otro, tenerlos cerca, tocarlos.

Entonces nos da miedo lo que el otro nos puede dar, una bolsa un paquete y lo limpiamos a fondo, y lo miramos con miedo.

Entonces nos mandaron a hacer colas en la calle separados a más de un metro, como en la escuela, hagan distancia brazo al hombro del compañero, ahora ni eso, no nos podemos tocar.

Entonces vemos las veredas de los bancos con líneas para que nadie se atreva a acercarse demasiado al otro.

Entonces vemos las bocas tapadas, y las sonrisas desaparecieron a nuestra vista.

El que está ahí adelante puede llevar el monstruo consigo, lo miras, te mira, el otro piensa



ESCRITOS DE CUARENTENA

lo mismo, entonces te alejas un poquito más, miras lo que él toca y no lo tocas, llegas a tu casa, te sacas los zapatos, te sacas la ropa, te bañas, lavandina, alcohol en gel, si compartís casa tratas de que la persona que esta con vos haga lo mismo, recién después de todo ese trámite viene el abrazo, el ser amado puede tener el monstruo consigo y te da miedo, vos podés tener al monstruo y le da miedo. Ambos tienen miedo, sería terrible atacar al ser amado.

Miradas de miedo, el otro te puede matar y vos puedes matar.

Es la guerra a la que estamos expuestos y toda guerra tiene su sufrimiento, su dolor, toda guerra deja su marca, toda guerra te aísla, te separa de lo que te gusta, te encierra, pero es lo que tenemos que hacer para que el monstruo no avance, es nuestra forma de combate aislarnos, no tocarnos, no acercarnos, hablarnos a la distancia si tenemos la suerte de compartir vida con algún ser amado.

Es la guerra a la que estamos expuesto, el enemigo es invisible y se puede esconder dentro de lo que amamos.

Es el combate que tenemos que enfrentar y hay que combatir, todo lo otro puede esperar, una vida que se pierde no vuelve, los abrazos, los besos, todo puede volver.

Este monstruo nos hace ver todo lo bueno que teníamos, como casi siempre pasa, no vemos lo bueno hasta que no lo tenemos.

Dejamos para otro día lo importante, pensando que siempre estará ahí esperándonos, y no es así, lo importante puede no estar cuando vayamos a buscarlo.

El enemigo se puede esconder dentro nuestro y pasárselo a quienes amamos.

El enemigo es invisible y por eso a veces desconfiamos que exista, y nos animamos a salir, nos animamos a desafiarlo.

Nos bombardean con noticias, de cómo ataca, de cómo destruye, de cómo se desparrama de persona a persona.

Y nosotros con esta guerra que ha comenzado, que no sabemos cuándo termina, que no sabemos cuándo volveremos a abrazarnos, a tocarnos, a mirarnos a los ojos, a escucharnos de verdad.

Ojalá esta guerra nos sirva para aprender que es lo importante, ojalá nos enseñe de verdad, que la vida es hoy, que el momento es ahora, que no dejemos de abrazarnos, que no dejemos de encontrarnos con todos nuestros seres amados.

Ojalá que después que lo derrotamos hayamos aprendido donde está nuestro tesoro y vayamos cada día a ese encuentro.



EL DIARIO DEL SILENCIO

Por Ana Castañer Pamplona

Los días amanecen nublados y la luz mortecina se filtra por las ventanas, dejando un halo tristón en todas las estancias.

Me levanto a las siete, como siempre, porque intento hacer la rutina de cada día, para minimizar el encierro forzoso. A pesar de todo esto, he introducido algunos códigos de observación estilo "La ventana indiscreta" recordando aquella película memorable de Grace Kelly, y James Steward, con el "suspense" incluido. Aquí no llega a tanto, y así, cuando me levanto, y mientras me preparo el café con leche (que es lo mejor del día), observo las múltiples ventanas que alcanzo a ver desde mi casa y saber quien se ha despertado o quien siguen durmiendo, quien lo hace con la persiana bajada y quien con media persiana subida, si han hecho la colada el lunes u otro día...Son simples curiosidades, que hacen que mi mente siga en actividad.

Hoy es el décimo día de reclusión, y hasta hoy, no he sido capaz de escribir ni una letra, pese a que es uno de mis hábitos, no era capaz de racionalizar lo que está sucediendo, y las noticias del número de afectados, de los muertos, de las desesperadas demandas de los sanitarios del material necesario, para poner fin y hacer frente al maldito virus, las noticias políticas...todo ello me hace una realidad fantasmagórica de la que no era capaz de salir.

Escuchar música clásica unas veces, moderna otras, ver la tele o desconectar viendo las novelas turcas de "divinita", no eran suficientes para que mi cabeza funcionase con normalidad.

Hoy es 6 de abril, y voy escribiendo, sin continuidad, dependiendo de las circunstancias...Ya han llegado las golondrinas a los cuatro nidos que tengo en mi ventana, y escuchar sus trinos y observar sus entradas y salidas son una de mis distracciones, que dan un poco de vida a estos días amorfos y llenos de silencio. El silencio es abrumador, sólo en algunas ocasiones, se escucha un rumor lejano de alguna casa. No se oye el ascensor en su continuo subir y bajar, o el cerrar alguna puerta de golpe. El silencio es como una falta de vida. Sin acontecimientos directos, hay que esperar a las 8 de la tarde, para aplaudir a todos los sanitarios que son los verdaderos héroes, que están salvando vidas.

Pasa la policía en sus coches con las sirenas, y saludan, mientras continúan los aplausos. ¡Todo es un acontecimiento!. Las terrazas se llenan de gente para mostrar el agradecimiento a los que velan por nosotros y por nuestras vidas. A todos ellos nuestra admiración y respeto.

Con mención especial a los hombres del campo y los vendedores que nos dan a todos el pan nuestro de cada día...



MEMORIAS DE PAPEL

Por Franco Riquelme

Las fotos son semblantes que no siempre mostraron su verdadero rostro, basta pensar que una mueca que pareciese una risa solo es el comienzo de un insoportable dolor que aún no se diferencia. Así al menos, me figuro en esa foto abrazando las piernas de mi padre y él en un intento forzoso trata de acariciar mi frondosa cabeza, el paisaje es un parque que hace tiempo dejó de existir, a lo lejos se vislumbran unas hamacas oxidadas, el suelo pedregoso y un cielo totalmente nublado. Única foto.

Anteriormente he dicho que conocí más de él por mi madre, que lo recordaba en aquellas tardes donde el sol pintaba de anaranjado el cielo y el sonido de los árboles que, danzaban como queriendo arrancarse las raíces, bueno creo que así era el recuerdo que tenía ella sobre su amado.

Asumo el riesgo de afirmar que ella lo amaba, cuando sus ojos se reposaban en la figura de ese hombre, puedo decir que en esos instantes los ojos de mi madre eran lagunas profundas, ya se desnudaba ante él, ella se derrumbaba. Ahora solo quedan los recuerdos y sigue siendo interesante este amor, porque a veces y tan solo a veces sonríe sola y en su rostro deposita unos hoyuelos infrecuentes, que no son de ella, son para él. Este es el riesgo que asumo más no lo contrario.

También reconozco que no he visto a nadie más sufrir por amor como él, el viejo amaba a muchas mujeres.

He dicho que conocí más de él por mi madre o por ciertos familiares lejanos, quisiera saber si alguna noche de insomnio habré sido objeto de sus pensamientos o si el día en que me marché de casa se le haya caído un lagrimón, hoy por hoy te digo viejo querido, en un tono amable pero también impaciente porque si solo tuviese una pizca de certeza en todo esto, créeme, no estaría escribiendo esta confesión de escritorio.

No conocí las varas que mencionaron mis amigos de la infancia y todo el temor que les causaba. Recuerdo que a temprana edad me enseñó a utilizar el hacha, empuñarla firmemente para evitar callos en las manos y sin miedo dar un golpe seco a la leña, así convivíamos en un pleno silencio y de pronto izag, zag! El hacha llegaba al corazón del tronco y sin encabritarse el hierro macizo se elevaba por el aire para atacar nuevamente. Su mirada impertérrita, adusta, era una caldera a punto de estallar en cualquier momento, ni las moscas borrachas perdían tiempo de sentársele en la nariz, pero pronto descubrí que esa mirada no era más que una coraza de lo débil y sensible que podía llegar a ser.

Un simple hecho, cuando yo terminaba todo el plato de guisos o de arroz que preparaba mamá por las noches, el viejo me miraba y dejaba al descubierto sus dientes amarillentos y verduscos, al fin esa mueca de piel estirada, ojeras imborrables y líneas que se encauzan alrededor de los ojos me pertenecían, enseguida nos tomábamos un mate cocido.

Y qué decir, los domingos por la mañana me resultaron enigmáticos y creo que a los santos también; el pan de Doña Rosa era un gourmet delicioso si se lo comía apenas salido del horno, esa mañana compré tres panes y cuando volvía para casa, la puerta de la Iglesia San Agustín se abría y los rayos de luz iluminaban a un Cristo metálico que despedía a los fieles que salían de allí airosos de obtener el perdón divino y por supuesto la bendición del Señor. Centenares de creyentes esquivaban algún mendigo y prome-



ESCRITOS DE CUARENTENA

tían encontrarse el próximo domingo; la puerta se cerraba y a Cristo le pertenecía otra vez la oscuridad, el último hombre en salir fue mi padre, con su andar rengo se dirigía caminito a casa empujando espaldas y hombros, soltaba risas burlonas y nadie esperaba verlo otro domingo.

Una vez le pregunté ¿Quién es merecedor de la verdad? Y solo respondió: “el mentiroso siempre tendrá el deber de recordar sus palabras, sino todo el teatro muere.”

Una vez que me recibí como profesor en Historia, me fui a vivir a Tierra del Fuego, acto seguido fue olvidarme la carne viva de mis viejos y me fui asociando al pan duro, la caída de las hojas, la sensación del invierno.

Así fue también que una tarde sus pulmones colapsaron, no hubo síntomas que permitieran anticiparlo y el único alivio fue el diagnóstico médico, no hubo dolor. Para cuando me enteré su rostro ya se habría humedecido debajo de la tierra y esa vena que solía hinchársele en el cuello cuando algo le molestaba, hoy está seca.

Escribir sobre nosotros ahora supone una traición, porque aquí no tendrás la palabra y yo diré las cosas que no dije, esas cosas que ahora habitan debajo del techo, en formas de calambres nocturnos, vinos agrios o memorias como estas.

No podemos jactarnos de conocer a alguien solo por la presencia del tiempo en nuestras vidas, sino cuanto de esa persona hemos tallado en nosotros.



ENJAULARTE

Por Debo de la tierra

Aprendí en este encierro que soy mi propio mundo, que soy quien gobierna mi mar de pensamientos y mis estados de ánimo...

Arranco mi día colgada en la ventana mirando detrás del vidrio, la vida del viento.

En que momento la casa se hizo jaula? tomando en cuenta que todas las ventanas tienen rejas.

Yo pájaro de un solo vuelo, anhelo el canto de las melodías de los viajes a las montañas,
de perderme bosque adentro a saltar la turba.

prometí no volverme presa de la mente, camino por la casa, me amigo con los rincones, le di vida propia a lo que llevo dentro...

Esos sentires que parecen ser dormidos por la mente cada tanto afloran.

Afloran los olores de la casa, el olor a comida caliente los mediodías,

el rose del perro entre las patas buscando la caricia,

aflora el sentir de la voz de mi hijo tarareando una canción en el desayuno,

afloro yo teniendo tiempo de leer ese libro que tanto quería.

La lista del deseo de lo que no puedo hacer se acorta en el mismo momento que el tiempo del reloj se esfuma.

De la puerta pa este lado hay un mundo, nuestro mundo, el del autoconocimiento, el de la relación con quienes vivimos, lo que realmente somos, lo que elegimos ser...

Encontrarse con su propio mundo suele ser difícil, pero mas difícil es vivir en un mundo sin encontrarse.

VIRUS SON ESO QUE HACE MAL QUE NO PODEMOS VER... (APTO PARA RELACIONES, TRABAJOS Y SITUACIONES TOXICAS SIN RESOLVER)



AL GRAN PUEBLO ARGENTINO...MATE

Por Dore Lucha

"Una casa no es un hogar" pensé mientras armaba otro mate en ese domingo interminable. Imagino, mientras miro por la ventana, cómo será no estar entre cuatro paredes. Cruzar el umbral entre lo posible y lo deseable se vuelve hoy más que nunca una sentencia de muerte, o eso dicen en la tele. La utopía del cuerpo en libertad se limita a su función de consumo. Y sí consumo, me consumo en soledad, esa que ahora sostiene la solidaridad.

Luego del primer termo siempre vuelve el deseo de abrazar a mi madre y de una caricia cómplice de mis amigos. Después se vienen a mi mente los litros de desinfectantes que deberé pasar luego por esas marcas de amor. Y ahí recuerdo los amores tóxicos, aquellos a los que hoy confinan peligrosamente a muchas personas. Si salís morís, pero ¿cuánto vivís adentro? No creo que lo que esté contando sean simplemente minutos, aunque ya en el tiempo en que calenté mi segunda pava una mujer fue asesinada sólo por ser mujer. Hay enemigos bien visibles de los que la sociedad no teme lo suficiente.

Palmas, sirenas y alarmas me retraen nuevamente detrás del vidrio haciéndome sentir inalcanzable. No hay bocinas ni música, por lo que no distingo si ya es fin de semana. La certeza del tiempo se nos presenta cuando este parece detenerse. Ya quiero que nieve, no por la fascinación de la precipitación helada sino porque me dirá que ya pasaron varios meses de esta estación de aislamiento obligatorio. Como los retoños de primavera, este otoño necesitamos espacio para vivir, o eso dice la tele.

Hice pan, galletas, budines, alfajores, tartas y tortas pero lo único con lo que quiero acompañar el próximo mate es con la sonrisa de mis hermanas. "Videollamada", pienso. Perfecto. La nostalgia se interrumpe con un solo clic. Me pregunto qué sería de tangueros y poetas con sentimientos codificados en 2.0, 3G o HD. Vuelvo de la novena divagación al rincón de mi casa, el del encuentro, en donde hay enchufe y llega el wifi. Con pixeles, mis hermanas, amigos, familiares y desconocidos bailamos, reímos, pensamos y puteamos la cuarentena. Contamos muertes de la misma manera que los capítulos de una nueva serie. Reinventamos los recuerdos que nunca serán, en el juego incesante de qué haría si no estaría en el rincón de mi casa donde tengo mejor señal.

Ya es de noche, aunque eso no signifique ninguna hora en particular, sé que es tiempo de dejar el mate y con él la ansiedad (porque claro, la estimulación sólo es de la mateina). Ceno y doy de beber a las innumerables plantas que decidieron sobrevivir conmigo. Entonces creo en este mini ecosistema que me rodea entre cuatro paredes. Creo en mí en él. Vuelvo a desear (casi por costumbre en contradecir el poder) que este refugio sea global. Porque la cultura se inventa su propia selección, en la que la supervivencia del todo depende de muy poco(s). Y aquí, dentro de mí y de mi casa siento que eso no es posible, ni deseable.

Abro la ventana para fumar el último cigarro de la jornada, aunque más para sentir un poco de fresco en la cara. Reviso redes sociales por enésima vez casi como en saludo de buenas noches, de un "hasta luego". Me acelero a meterme en la cama y hago fuerza para que en las próximas diez horas aparezcan todos esos mundos, esas personas, esos sentimientos que sólo los sueños traen. Entonces, como un infaltable en mi consuelo nocturno para acompañarme en esta travesía de harinas, virtualidad, introspección y mate, llegó él...insomnio.

LA LEJANA

Por Flora Denis

Asomada a la ventana que tantas veces la vio sola, esperando no se sabe bien qué, los días de encierro la hicieron repasar todo cuanto había ocurrido y dijo en voz alta con la mirada firme:

-No quiero un velorio.

El otoño venía borrando gran parte de lo innombrable, y gracias a la brisa que le acariciaba el rostro cada mañana, de a poco había conseguido empezar a olvidar (¿había conseguido empezar a olvidar?).

-La soledad a veces es la mejor compañía -pensó.

Una noche. Sólo una noche y luego el vacío, la inabarcable sensación de estupidez que le recorría el cuerpo; y como castigo de aquella trampa su rostro volvía una y otra vez en cada gesto de ese niño que no pidió venir, pero que encarnaba lo más oscuro de un pasado que insistía en no dejar de serlo.

-Él debe sentirlo -pensó para sí.

Claro que lo percibía. Desde pequeño, Antoine no entendía ni siquiera su propio nombre. Reclamaba explicaciones de todo tipo sobre su origen, buscaba dilucidar las ausencias.

Ella también se sentía extraviada hacia tiempo.

Desde el momento que advirtió su presencia, nada quiso saber de aquel resabio en su interior. No era un hijo, no era algo que hubiese deseado. Era una huella imborrable en su cuerpo, en su psiquis, el resultado de lo que nunca debió tener lugar...

Esa ajenidad perduró a lo largo de los años.

-A veces la vida nos devuelve en cuentagotas lo que dimos como un torrente -pensó.

Hubo un tiempo en el que pensamos una tregua sin decírnoslo, comenzamos a tejerla con la misma dedicación de las abuelas frente a un montón de ovillos de lana enredados; hilo por hilo, separando, desentramando y dándole forma de otra cosa, de algo que no sea todos esos jirones de dolor e incertidumbre.

Hoy el encierro lo empujó una vez más a tomar el teléfono y me espetó sin rodeos:

-Quiero mi verdad mamá, me negaste mi libertad.

Qué doloroso resultaba escucharlo decirme esas palabras. Su libertad...

¿Y la mía? ¿Acaso no importaba lo que ocurrió conmigo, con mi cuerpo, con mis sueños? ¿No era yo una mujer libre, colmada de expectativas y deseos que terminaron truncos por darte lugar a que llegues a este mundo cuando no lo había elegido?

Un velorio... ¿quién puede querer un velorio? Pues yo no.

¿Quién iría? ¿Quién lloraría? ¿Acaso tenía algún sentido? No necesito de la hipocresía ajena que se golpea el pecho. Mi muerte es mi celebración. Cuando muera no pierdo, recupero lo perdido, inauguro, fundo.

Y es que todo aquello que resultaba incomprendible para Antoine, todas mis palabras eran esa verdad tan anhelada por él. Porque sólo mi muerte podía ponerlo en el centro mismo de su

búsqueda, sólo partiendo de este mundo él haría puerto, hallaría su libertad.

Esperaba que esa muerte fuera instantánea, repentina, que me apague en un solo acto con la violencia de un rayo. No quise que el horror que dio lugar a su nacimiento se vea reflejado en él; pero ya ves, jamás conseguí olvidar el rostro del miserable que aquella noche hizo conmigo más de lo que deseaba, incluso todo cuanto no podría soportar ni el más valiente ser de este mundo.

Y su libertad tuvo lugar en la pérdida de la mía, en esa demostración de desprecio, del terror más grosero, de la violencia hecha cuerpo.

Pensé en decirle que fue el espejo terrible que me devolvía siempre la imagen del espanto. No tenía el valor de arrojarle esas palabras, no las merecía.

Respondí como siempre, con un silencio ensordecedor.

La piel me denuncia a gritos que soy la mujer ultrajada, la que no fue lo suficientemente aguerrida, la que sintió detenerse el mundo y cerró los ojos como esperando que doliera menos, que no sea verdadero, que la lucha sorda de los infelices alguna vez triunfe indiscutible.

Nada de eso.

Juro que intenté con todas mis fuerzas que no nacieras del terremoto que avasalló mi vida, mi inocencia, mi libertad. Pero ahí estabas, recordándome quién era yo ahora, pero sobre todo, quien había dejado de ser.

Expulsada de mis propios días como la náusea, me llamé al silencio como un intento de sofocar el espanto pensando que así te preservaría. Creí que, sumiéndome con la misma violencia de lo acontecido a mirar hacia otro lado, a ninguna parte, tal vez tú...

Dirás que fui injusta, que no lo merecías, que hice tu vida miserable, que te castigué por lo que me hicieron a mí; aunque para muchos las mujeres siempre somos una especie de instigadoras. Nadie me dijo que yo no era culpable. Nadie tomó mi mano y esbozó palabras que sanaran al menos un ápice de aquel dolor tan corrosivo, nadie me dijo que podía elegir.

Estaba sola, sola entre los demás. Sola sin mí. Todos estos años estuve ausente, exiliada de mí.

Respiré profundo y dije: -Sálvate de la miseria humana hijo, forja tu destino sin que nadie se interponga en tus deseos. Deja que el agua pase bajo el puente y corra dejando atrás todo lo que te agobia. Sé ese puente y transforma la angustia.

Te fuiste. Ya no te escucho sollozar detrás del teléfono...

No te lo digo, pero hoy -como cada mañana en este encierro que irónicamente nos protege y nos expone- te espero.

Aquí hijo, aquí donde te nombro, te reclamo incansablemente y no estás, no venís a mi encuentro. Ven y sácame de este silencio eterno, obligame a gritar mi verdadero nombre, haz que se detenga este escándalo en la sangre.

Te prometo que seremos como esas dos golondrinas que se dejan caer y beben como si de eso dependiera el mundo. Tendremos como ellas más tiempo de vuelo que cualquier ave que haya surcado este cielo.

Porque alguna vez - no siempre, sólo alguna vez- el miedo dice basta! y responde a toda esa infamia con alegría.



ESCRITOS DE CUARENTENA

ZAPPING

Por Gerardo Merlosky

Me aburro dice el que comió su segundo plato
Me aburro dice el que se acuesta en su cama limpia
Me aburro dice el que salió de una ducha caliente
Me aburro dice el que vió su cuarta película
Me aburro dice mirando su celular
Yo no me aburro
Yo tengo hambre
Tengo frío
Estoy sucio
Y solo
No tengo familia ni amigos
No tengo plata ni laburo ahora
Ni hablar de un techo o una cama
Y seguro voy a morir
Y nadie me va a extrañar
Soy un número más en el noticiero
Soy solo un número
Un zapping
Me aburro dice...
...



DIARIO DE CUARENTENA

Por Priscila Vallone

Día 4

de cómo el amor en el tiempo

Hablamos del amor en tiempos de crisis. Cómo nos las ingeniamos para hacer pequeñas acciones amorosas a distancia. Un concierto por aquí, una lectura por allí, nos pasamos libros. Todo desde "la comodidad de casa", que ya no es tal. No nos queda otra. Amor hoy es la vecina haciéndole compras a un abuelo. La persona que le da de comer al perrito de la calle. El aliento y las fuerzas por mensaje al amigo que se siente mal. No nos podemos tocar, pero podemos estar presentes, generar otras conexiones, vincularnos más allá de nuestra fisicalidad: soy una persona del tacto. Conozco y me reconozco a través del abrazo, de la tibieza de las manos, del ritmo de la respiración. Cuando las personas amadas me faltan es la ausencia de su fisicalidad lo que más espina y me deja desolada. Más imágenes del mundo desolado. Pensar que seguimos existiendo y estamos aquí, varias de las millones de personas que pisamos este planeta, pero en pausa. Cómo encontrar la conexión con las personas que ya no pisan este planeta. Cómo reconfigurar el amor para que ya no sea en tiempos de nada y vivirlo como realmente es: atemporal.

Día 6

de lo que sucede en el adentro

Lluve. Mucho. Estos días me generan una nostalgia atroz, una necesidad de hacer nido, de dejarme ser permeable y vulnerable. No en todas las lluvias hay espacio para toda la fragilidad que inunda. A veces sigo haciendo duelo sin querer, en silencio, acurrucada en recuerdos difusos que ya no distingo si los viví o los soñé. Esto me sucede en cualquier momento y lugar: en casa, en el trabajo, caminando, en el auto. No importa dónde esté. No elijo cuándo. La nostalgia inunda y me paraliza sin poder salir, por ese momento, de la quietud. A veces sólo me nublo y me quedo inmersa en un ruido blanco sintiendo un cúmulo de cosas abstraída de la realidad, hasta que se humedecen los ojos mucho antes de entender por qué. Parar implica también hacerse un espacio para el llanto, por lo que duele, por lo que no podemos explicar o justificar, porque el mundo es muy grande, porque sí. Porque la existencia es dolorosa y aún así seguimos aquí, ocupándola. Hoy hay seis casos confirmados. Se expande lento. Nos quedamos encerrados en casa, en la isla, en el país. Pero, siento en lo profundo, con grandes intenciones de abrir el corazón. De abrir camino hacia la herida. Hacia la dicha.

Hacia otras formas de estar en el mundo.



DESDE AFUERA

Por B. Belén Sánchez

Afuera, el incansable viento patagónico recorre las calles vacías, de un barrio que permanece en silencio, adormecido...

Los niños miran por la ventana mientras él, pareciera ser el único que conserva el derecho a jugar, en el cordón de la vereda y entre las ramas peladas que el otoño deja en los arbustos...

El viento, travieso, se escabulle en cada pequeño hueco, silbando bajito por el viejo burlete de la puerta, sacudiendo de a momentos cada chapa del techo, como si pretendiera encontrarnos y finalizar así, un larguísimo juego de escondidas. Será que busca en cada rincón, la vida apresurada que llevábamos hace un tiempo? Será que no entiende, por qué es el único en toda esta historia, que no ha aminorado su marcha?...

Ráfaga tras ráfaga, recorre cada techo, casa por casa, deteniéndose en cada esquina; buscando alguna cabellera para jugar un poco, él que tan bien las sabe enredar.

Lo que el viento no sabe, es que mientras pasa deprisa por cada ventana, sin detenerse a observar; los tímidos rayos de sol otoñal siguen extendiéndose cálidos a través del cristal, haciendo de las suyas. En alguna ventana se detiene, iluminando el rostro de ese niño que contempla con nostalgia la calle, esa que días atrás era lugar de encuentro con amigos, de corridas y carcajadas. En otras ventanas, acompaña las miradas curiosas, que se entretienen contemplando la magia que sucede ante el inminente crecimiento de una semilla, que es ahora un nueva planta.

Y es que entre las tantas ventanas por las que el sol se escabulle cada día hay algunas un poco más especiales que otras. En algunas de esas ventanas, se encuentra con las manos temblorosas de abuelos y abuelas, que hacen malabares, con los ojos achinados a través de sus anteojos, tratando de entender la tecnología del celular: esa pequeña, diminuta y única ventana, que hoy los mantiene cerquita del calor de sus nietos. ¡¡¡Hay tantas ventanas especiales!!! Sin dudas, las ventanas de los abuelos son únicas... Pero para estos rayos de sol, hay ventanas que son más especiales aún... Como las de las personas que sufren, aunque no conozcamos la causa. Qué gran desafío será para el sol encontrarlas y brindarles su abrigo, mientras tenga fuerza a lo largo del día.

Junto a esas ventanas, realmente importantes, el sol tiene unas ventanas favoritas por recorrer, en las que desearía demorar el tiempo un poco más... Porque detrás de esos cristales acaricia aquel increíble vientre en el que crece ese preciado niño por nacer, la acaricia a ella, mujer llena de sueños, de anhelos y nervios, de angustia y ansiedad. Un universo de sensaciones, emociones y sentimientos, que rebalsan esa panza creciente para teñirlo todo de amor. El sol se extiende amoroso, brindándole un poco de calma y de paz en medio de ese agitado mar interior. Es que él ha sido testigo, a lo largo de la historia, de la creación de cada uno de nuestros hogares, y también de cada nuevo nido para cada nuevo ser. Porque es indiscutible que mientras cada mundo crece hacia adentro, el sol nos sigue iluminando desde afuera, ayudándonos a crecer.

Las ventanas existen de todo tipo, formas, tamaños y colores... pero todas tienen el maravilloso poder de permitir al sol ingresar cada día, a templarnos el alma...



INFINITA CUARENTENA

Por Verónica Juárez

¿Ahora entienden por qué eran tan onerosos los premios de Gran Hermano?

Cuarentena bendito tesoro, te quedás en tu casita, comés, comés y volvés a comer. Por las dudas si el mundo termina hoy, lo haremos con la panza llena y el corazón contento.

Cuándo esto termine, alcoholemia a todo el mundo, por dónde vas, mirás para todos lados. Si hay alcohol en gel vas derecho y te colocas al entrar, permanecer y salir.

En el mayorista, conseguí una botellita pequeña y casi le firmó mi testamento a nombre del empleado. Estaba feliz de poder seguir las indicaciones de 70/30%, la verdad no me acordaba de que era cada proporción, en fin, no gaste tanto alcohol. En la tele dijeron que no sirve, aunque también dijeron lo mismo de los barbijos y ahora son obligatorios, por las dudas, lo utilizo. Ni que hablar de la lavandina, artículo de lujo. Por favor, la nueva moda son las manchas blancas en todas las prendas.

Los primeros días tenía barbijos, guantes y olor a alcohol, la gente me miraba como que fuese una desquiciada o los fuese a contagiar.

Me di cuenta de lo que nos sucedía y a qué estábamos expuestos cuando viaje a Río Grande. Recién comenzábamos. Tuvimos que ir a buscar insumos urgentes para mí esposo. La presidenta de nuestra Obra Social y el Director de farmacia los consiguieron, el problema que vivimos en Ushuaia. Salimos a las 16:30 horas, los policía nos detuvieron, como corresponde, les explicamos, pusimos a disposición los teléfonos y luego de confirmar nos dejaron seguir. En Tolhuin, nos hicieron firmar una notificación y nos intimaron a regresar con alguna certificación, además de los insumos. Tener hijos adolescentes que manejan la tecnología es maravilloso. La señorita española del G.P.S. nos guió.

Todo esto de mostrar documentos, tener miedo a transitar, me remontó a otra época. No sé por qué aunque no hagamos nada malo, los que padecemos momentos complicados siempre estamos temerosos. Hasta en la cárcel del Presidio, sabiendo que era una representación no me movía si no me autorizaron.

Salir, mantener distancia, colocarte en la farmacia sobre la x, ver personas sin barbijos, tocar cosas que otros tocan, es espantoso.

Tuvimos que recurrir a la clínica, varias veces y sabernos tan vulnerables, que estamos expuestos es un horror.

Ahora comprendo cuando mis hijos salen a limpiar el bosque, se enojan si alguien tira algo, cuando van a reforestar, cuando no quieren bolsas plásticas, cuándo juntan colillas para que tengamos agua saludable, sin dudas, ellos son mucho más conscientes que sus padres.

Hemos estado tan ocupados en nosotros mismos, en tratar de resolver nuestros conflictos, en superar la ambigüedad del terror que lo tenemos intrínseco y educarlos para que sean libres que, olvidamos de cuidarles su verdadero hogar: la Tierra.

Tenemos que vencer un virus que se mueve muy rápido si nos descuidamos nos destruye, por eso tenemos que respirar y visualizar el milagro de cada ser que habita la tierra y quedarnos en casa. Hoy en otoño, divinos paisajes están estáticos en nuestras ventanas.

Mas, sin dudas vamos a poder gozar muchas alfombras con hojas multicolores en nuestros propios otoños.



ESCRITOS DE CUARENTENA

#QuedateEnCasa



Gobierno de
Tierra del Fuego
Antártida e Islas
del Atlántico Sur

Secretaría de
Cultura